

ERASE UN POBRE ESPANTAJO



COLECCION MARILUJITA Nº 78

Erase un pobre

espantajo

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO Buenos Aires (Argentina)

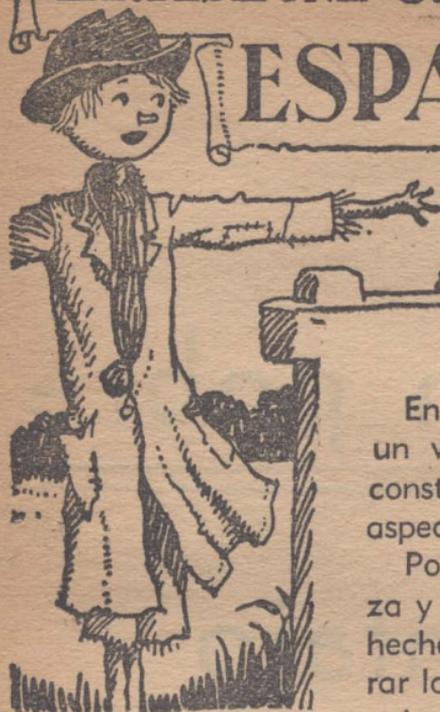
PRINTED IN ARGENTINA

BIBLIOTECA NACIONAL
del CONGRESO ARGENTINO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ERASE UN POBRE

ESPANTAJO...



En medio de un campo había un viejo espantajo. Había sido construido por el granjero y su aspecto era, realmente, notable.

Por cabeza tenía una calabaza y en ella el campesino había hecho unos agujeros para figurar los ojos y la boca. Además, a guisa de nariz le había puesto un palito, y en torno del cuello

llevaba una bufanda de color rojo y llena de agujeros. Vestía una chaqueta vieja y sucia y unos pantalones tan astrosos, que apenas se sostenían colgados del espantajo. A éste le servían de piernas dos palos, otros tantos le hacían de brazos y con esto queda terminada la descripción de su figura.

Permanecía erguido en el campo y pasaba todo el día mirando hacia adelante. Los pájaros no le tenían ningún miedo, más que cuando el viento agitaba su bufanda. Entonces se figuraban que estaba vivo y emprendían la fuga.

—¡Tontos!—pensaba el espantajo.—Se asustan de

nada. ¡Dios mío, qué vida ésta! Nunca sucede cosa alguna. No puedo ver más que esos pájaros idiotas y, a veces, algún conejo. Me gustaría poder hablar con alguien y comunicar mis pensamientos a otro ser. Seguramente no soy tan feo como para que los demás no quieran hablar conmigo. ¿Por qué los duendecillos no vendrán a pasar algún rato conmigo?

Pero no era así, sino que los duendecillos y también los gnomos temían al espantajo, tanto por su fealdad como por su traje astroso y por lo sucio que iba.

El resultado era que procuraban no acercarse a él y no hacían caso de las llamadas que les dirigía.

Pero una noche le ocurrió al espantajo una aventura muy singular. Os la vamos a contar.

El pobre permanecía en el centro del campo, aburrido y bostezando. Tenía frío y se sentía muy solo. Aquel día únicamente se había aproximado a él un conejo y el espantajo tenía muchas ganas de hablar con alguien; de modo que en cuanto vió a dos figuras que atravesaban el campo sintió una fuerte excitación.

“Vienen a verme—pensó.—Por fin podré hablar con alguien. ¡Qué bien!”

Pero en cuanto aquellas personas estuvieron más cerca, el espantajo pudo ver que eran casi tan feas como él. Tratábase de dos brujas, flacas, huesudas y encorvadas.

—Podremos hablar aquí—dijo una de ellas a su compañera.—En medio de este campo solitario nadie podrá oírnos y nos explicaremos mutuamente nuestros planes más secretos.

—Ahí veo un espantajo—advirtió la segunda bruja prudentemente,—pero tiene cabeza de calabaza—agregó después.—Es un idiota.

El espantajo se sintió molesto al oír aquellas palabras, pero no se le ocurrió ninguna respuesta, sino que se limitó a permanecer inmóvil y con los ojos fijos en las dos brujas.

Éstas no le hicieron ya ningún caso. Sentáronse en el suelo y empezaron a hablar en voz más baja.

—Mañana por la noche la princesa pasará por aquí— susurró la primera bruja.—Solamente le acompañarán dos hadas y viajará en su coche arrastrado por dos conejos.

—¡Magnífico! Entonces nosotras estaremos al acecho detrás del seto—decidió la otra.—La haremos prisionera y nos libraremos de las hadas arrojándolas al matorral más inmediato.

Las dos brujas se echaron a reír celebrando por anticipado el éxito de sus planes. El espantajo estaba tan asombrado ante lo que había oído, que se le cayó el sombrero. Las brujas dieron un salto de miedo, mas al ver la causa de su sobresalto miraron, encolerizadas, al pobre espantajo. La primera bruja recogió el sombrero y se lo encasquetó sobre la calabaza, de tal manera que casi le cubría los ojos. A pesar de esto, el espantajo se guardó mucho de pronunciar una sola palabra. No, no era tan tonto como para hablar.

—Nadie conoce nuestro plan—continuó la primera bruja.—Queda convenido que mañana por la noche nos encontraremos aquí mismo antes de que salga la luna y en seguida nos pondremos en acecho, aguardando el paso de la princesa.

Así decidido, marcháronse sin añadir nada más, y sus sombreros puntiagudos fueron largo rato visibles para el espantajo, el cual empezó a reflexionar acerca de lo que había oído.



—PODREMOS HABLAR AQUI—DIJO UNA DE LAS
BRUJAS—PORQUE NADIE NOS OIRÁ

Ignoraba quién sería la princesa que había de pasar por allí la noche siguiente, de modo que en cuanto vió a un conejo que penetró en el campo para comer un poco de hierba, lo llamó con su extraña voz.

—Conejo, quiero decirte una cosa muy importante. Acércate un poco.

El conejo miró alarmado al espantajo, pero, al fin, se acercó a él.

—Haz el favor de no moverte—advirtió—porque, de lo contrario, echaré a correr.

—No seas tonto—le contestó el espantajo, impaciente.—Yo nunca me muevo para nada. En todo caso, me mueve el viento. Ahora escúchame, conejo. ¿Quién es la princesa que ha de pasar por aquí mañana?

—La princesa Prunela, del País de los Duendecillos— contestó el conejo, sorprendido.—¿Cómo te has enterado de eso, espantajo? Me figuraba que los conejos éramos los únicos en saberlo, porque dos de nuestros hermanos arrastrarán el carruaje. Guárdate mucho de decirlo a nadie.

—No tengo necesidad de ello porque al parecer hay muchos que están enterados de eso. Por ejemplo, dos brujas. No hace mucho estaban sentadas aquí y dijeron...

Pero al oír la palabra **brujas** el conejo sintió tal pánico, que sin esperar más echó a correr como alma que lleva el diablo. El espantajo lo miró colérico. ¿Qué podría hacer? Precisamente cuando empezaba a contar la historia al conejo para que avisara a la princesa, el muy tonto emprendía la fuga cual si lo persiguiese una jauría de perros.

—¡Eh!—gritó con desesperación.—¡Eh, vuelve! Si he de decirte lo más importante...

Pero sin hacerle caso, el conejo se metió en su madriguera y avisó a sus amigos de que aquella noche las brujas andaban sueltas. Por esta causa no salió ninguno más y el espantajo se desgañitó en vano.

El pobre espantajo empezaba a alarmarse. ¿Y si no lograba impedir el secuestro a pesar de cuanto hiciera?

Al día siguiente, al salir el sol, los pájaros acudieron al campo.

"Quizá si los llamo y les hago señas para que se acerquen, escucharán lo que les diga", pensó el espantajo.

En efecto, empezó a agitar los brazos y a gritar con su voz áspera, pero únicamente logró asustar a los pájaros, que se alejaron chillando.



—¡EH!—EXCLAMÓ, DESESPERADO, EL ESPANTAJO,—
VUELVE, CONEJO, PORQUE HE DE DECIRTE ALGO
MUY IMPORTANTE

—¡El espantajo está vivo! ¡Cuidado! ¡No os acer-
quéis a él! ¡Va a echar a andar!

El pobre espantajo oyó aquellas palabras extrañado y, de pronto, se le ocurrió una idea. Nunca había intentado andar. ¿Y si lo hiciese? Entonces podría avisar a los conejos, gritando en la boca de las madrigueras.

Como ya sabéis, los espantajos son unos individuos tan tiosos y envarados que, por lo común, no saben poner un pie delante de otro, pero el de nuestra historia lo intentó. Tenía todo el día de tiempo.

Ante todo tiró con toda su fuerza para sacar un pie del suelo, pero no consiguió ningún resultado, pues el granjero lo había hincado muy bien en la tierra.

Jadeando y fatigado, miró hacia adelante y, de pronto, vió una cosa singular. A corta distancia observó que se estaba levantando un montoncillo de tierra. ¿Qué podría ser?

Pronto lo vió, al asomarse por allí un pequeño topo. Pero cuando éste descubrió al espantajo, dió un chillido de miedo y se dispuso a ocultarse otra vez.

—No te vayas, topo—dijo el espantajo.—No te haré ningún daño. ¡Lo juro! Oye, dos brujas tienen el proyecto de raptar esta noche a la princesa Prunela. ¿Quieres avisar a los conejos?

—¿Qué es una bruja?—preguntó el topo.—¿Y qué es una princesa? ¿Son buenas para comer?

—¡No, idiota!—contestó el espantajo.—Pero no te metas en averiguaciones. Ve a dar mi recado a los conejos. Es muy importante.

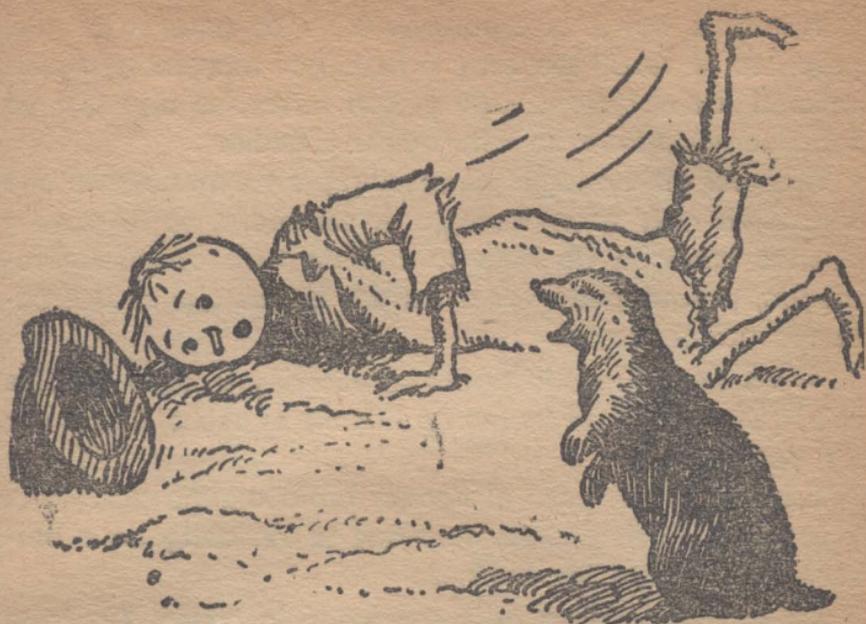
—No hay nada tan importante como la comida—contestó el topo.—Lo siento mucho, espantajo, pero no puedo renunciar a mis ocupaciones para hacer un mandado que no comprendo. Más vale que tengas cuidado, porque he hecho una galería por debajo de ti y si excavó un poco más la tierra en torno de tus piernas, podrías caerte.

Tales palabras dieron una buena idea al espantajo.

—Por favor te lo ruego, topo. Ablanda la tierra a mi alrededor.

—Te caerás de narices—contestó el topo—y yo me reiré mucho.

—Sí, hazlo y riéte después—rogó el espantajo.—Seguramente será muy divertido.



POR FIN SE CAYÓ Y SU SOMBRERO SALIÓ RODANDO

El topo no se lo nizo repetir. Se metió en su galería y empezó a excavar la tierra por debajo del espantajo. Éste no tardó en sentir que la tierra se aflojaba en torno de sus piernas.

Descendía el sol hacia el horizonte y la obscuridad empezaba a extenderse por el campo. Los pájaros se guarecieron en las ramas y, mientras tanto, el topo seguía trabajando. Por último, el espantajo se cayó de cara. Su sombrero salió rodando y un poco de tierra se le metió en el ojo derecho.

Pero ¿qué le importaba eso al buen espantajo? Nada. Estaba contentísimo.

El topo salió a la superficie, se rió cuanto quiso del espantajo y luego fué en busca de sus amigos, para comunicarles lo que acababa de hacer.

Mientras tanto, el espantajo trató de ponerse en pie, pero eso le resultaba muy difícil. Por momentos disminuía la luz del crepúsculo y, con terror, se dijo que ya sería demasiado tarde para avisar a nadie.

Mas por último logró ponerse en pie y experimentó una sensación muy rara. Recogió el sombrero, se lo puso y apenas acababa de hacerlo cuando tuvo un susto tremendo, porque pudo ver a las dos brujas que se acercaban cautelosamente.

—Ya es demasiado tarde—gimió desalentado.—¡Dios mío! ¡Dentro de un momento llegará el coche tirado por los dos conejos!

Echó a andar, pero el campo tenía alguna pendiente y ya no pudo detenerse, sino que se vió obligado a mover rápidamente las piernas.

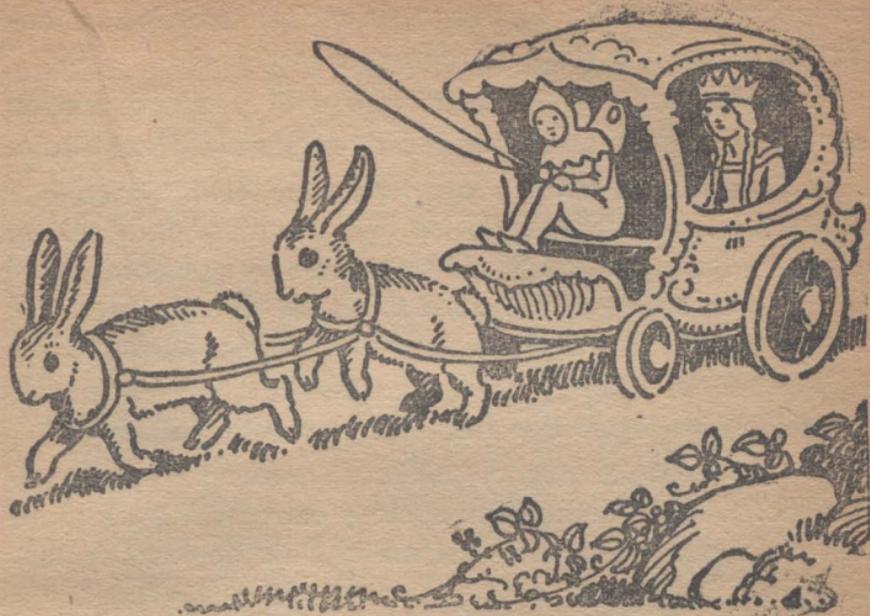
De repente oyó un grito y adivinó la causa. Acababa de llegar el coche con la princesa y las dos hadas, y las brujas interrumpieron su paso.

Entonces el espantajo decidió emplear la astucia. Siguió bajando por la pendiente y empezó a gritar:

—¡Cuidado, brujas infames! Aquí llega el poderoso encantador Kakorlitarotekemenon, con sus uñas como garras, sus dientes puntiagudos y sus terribles encantamientos. ¡Uuuuuuuuh!... ¡Cuidado! ¡Ya llega el terrible encantador Kakorlitarotekemenon!

Con estas voces se proponía asustar a las brujas y, en efecto, lo consiguió.

En cuanto ellas oyeron aquella extraña voz y con sus ojos verdes vieron la extraña figura del espantajo, no dudaron de que, realmente, era un poderoso mago. Desde luego, nunca habían oído hablar del encantador Kakorlitarotekemenon, cosa muy natural, puesto que no existía; pero, a pesar de ello, quedaron aterradas.



LLEGÓ LA CARROZA DE LA PRINCESA

Así que dieron un grito de miedo, montaron en sus escobas y emprendieron el vuelo a toda velocidad.

¡Qué contento se puso el espantajo! Vió a la princesa tendida en la hierba y asustada a más no poder.

—¡Princesa!—dijo con su voz áspera.—He venido a...

—¡Aaaay!...—gritó la pobre princesa, aterrada.—
¡Vete horrible mago! Prefiero las brujas que a ti. ¡Vete!

—¡Pero si no soy mago!—contestó el desdichado, humildemente.—No soy más que un espantajo y os pido perdón, princesa, por haberme atrevido a presentarme ante vos, pues soy muy feo, pero quería salvaros de esas dos brujas y no quiso ayudarme nadie.

La princesa al oírle, le contempló atentamente y pronto pudo convencerse de que no era ningún mago, sino

un pobre espantajo. Él, luego, le refirió todo lo que había ocurrido y le pidió perdón otra vez.

Entonces la princesa se acercó a él y apoyó una de sus lindas manos en el hombro de madera del espantajo.

—Eres muy bueno, y además, muy listo. Deseo que me acompañes al País de los Duendecillos, para ser mi espantajo oficial. Tengo allí un campo de guisantes, pero los pájaros se los comen casi todos. Si tú estuvieses allí, se salvarían mis cosechas. ¿Querrás acompañarme?

Tal fué la alegría del espantajo, que, de momento, no pudo contestar. Por fin, algo repuesto balbuceó:

—Me gustaría mucho, princesa, pero no me es posible, porque voy demasiado sucio y astroso. Me avergonzaría de que me viesen así en el País de los Duendecillos.

—Si no hay otro inconveniente—contestó la princesa, —eso tiene fácil arreglo.

Lo tocó ligeramente con la varita mágica y entonces hubo una transformación maravillosa.

El sombrero hongo del espantajo se convirtió en otro de oro; la bufanda se metamorfoseó en seda y en cuanto al traje se transformó en otro de satén, con galones de oro, y los pantalones adquirieron un brillo plateado. El espantajo parecía un príncipe verdadero y al ver aquellas maravillas se iluminó su rostro.

La princesa volvió a tocarlo con su varita, diciendo:

—Ahora podrás correr y andar como las personas.

Y en efecto, ocurrió así.

—¡Oh, princesa!—exclamó el espantajo, arrodillándose ante ella.—Sí, en adelante seré vuestro espantajo y defenderé los guisantes de vuestro campo. Me sentiré



LA PRINCESA LE TOCÓ SUAVEMENTE CON SU VARITA

honrado con este cargo. Y os juro que los pájaros no llegarán a comerse ni uno solo.

—Bien, todo está arreglado—manifestó la princesa, complacida.—Ahora, espantajo, volveremos inmediata-



LOS PAJAROS LE TIENEN MUCHO MIEDO Y YA NO SE COMEN UN SOLO GUISANTE

mente en busca de mi coche y de las dos hadas que me acompañan y tú harás de cochero.

Muy orgulloso, el espantajo cumplió aquella orden. Cuantos lo veían al pasar creían que era un príncipe, tal era la magnificencia de su traje, pero en cuanto podían divisar su cabeza y sus brazos y piernas de madera, se daban cuenta de su verdadera naturaleza.

Ahora vive en el jardín de la princesa Prunela y como los pájaros le temen mucho, ya no han vuelto a comerse ningún guisante. El espantajo va de un lado a otro, muy satisfecho, y, en realidad, tiene muy bien merecido su premio.

EL NIÑO QUE NO PRONUNCIABA

LAS CES

Había un niño llamado Conrado, que tenía el vicio de no pronunciar las **ces**, y no por defecto físico, sino por pereza.

—Hoy hace mucho **alor**—decía.—Dame el **ubo, atalina**.

Eso sonaba muy mal y su madre estaba muy triste cuando le oía hablar así.

—¡Ojalá no tuvieses ese vicio, Conrado!—le dijo un día.

En aquel momento el viento cambió del Sur al Este y luego del Este al Sur y, según ya sabéis, si en semejantes circunstancias se expresa un deseo se convierte en realidad.

—¡Bah!—contestó Conrado.—¿Qué importan las ces? Mira, mamá, **uando** esté en **asa** no me molestes.

¡Pam!

Desde el techo había caído un pedazo de yeso sobre la cabeza de Conrado. Tenía la forma de **C**.

—¡Ay!—exclamó éste, viendo las estrellas de resultas del golpe.—¿Qué es eso?

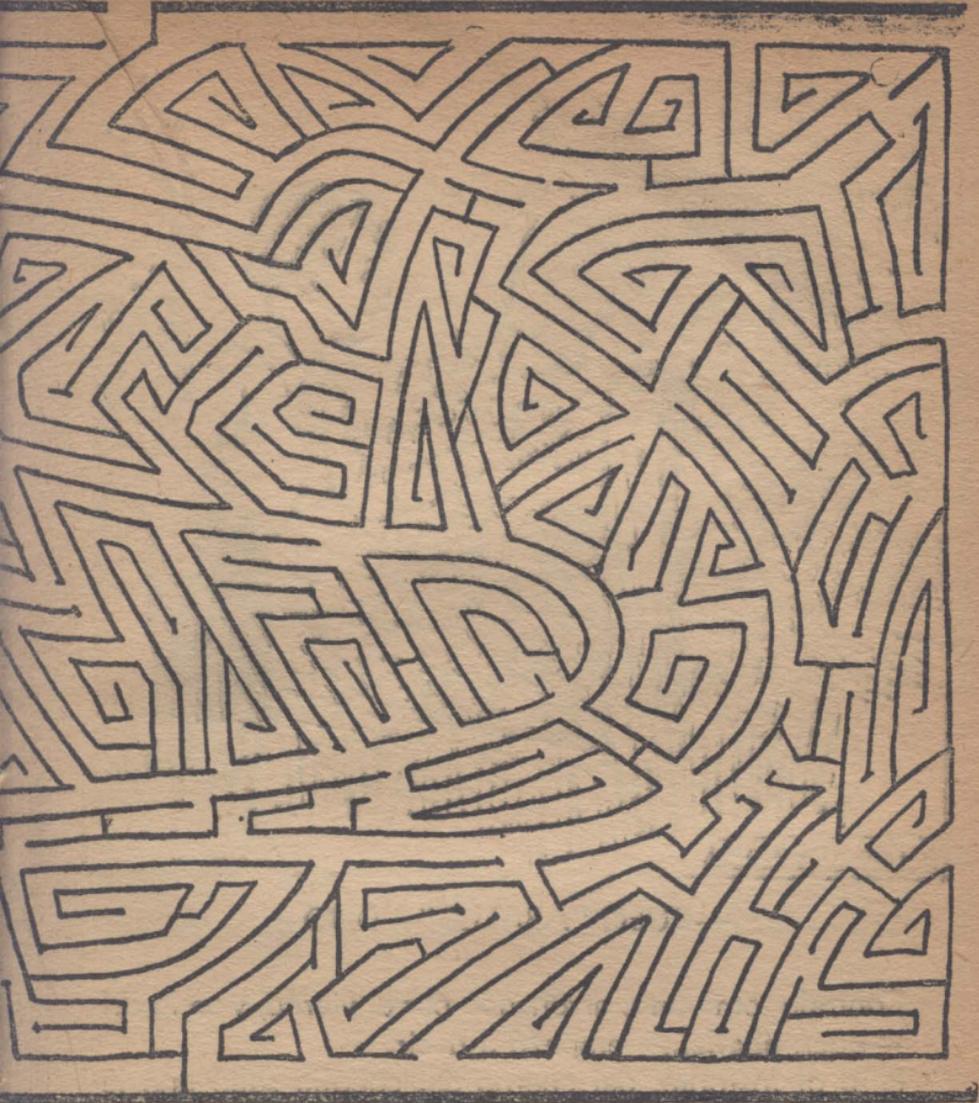
—¡Una **C!**—contestó su madre.—Ten cuidado, por si se repite el caso.

Conrado se enojó mucho. Tomó la letra **C**, la llevó al patio y la tiró al montón de la basura. Un caballo que estaba en el campo inmediato se asomó a la cerca, al ver al niño, y relinchó para que le diese una manzana.



EL LABERIN

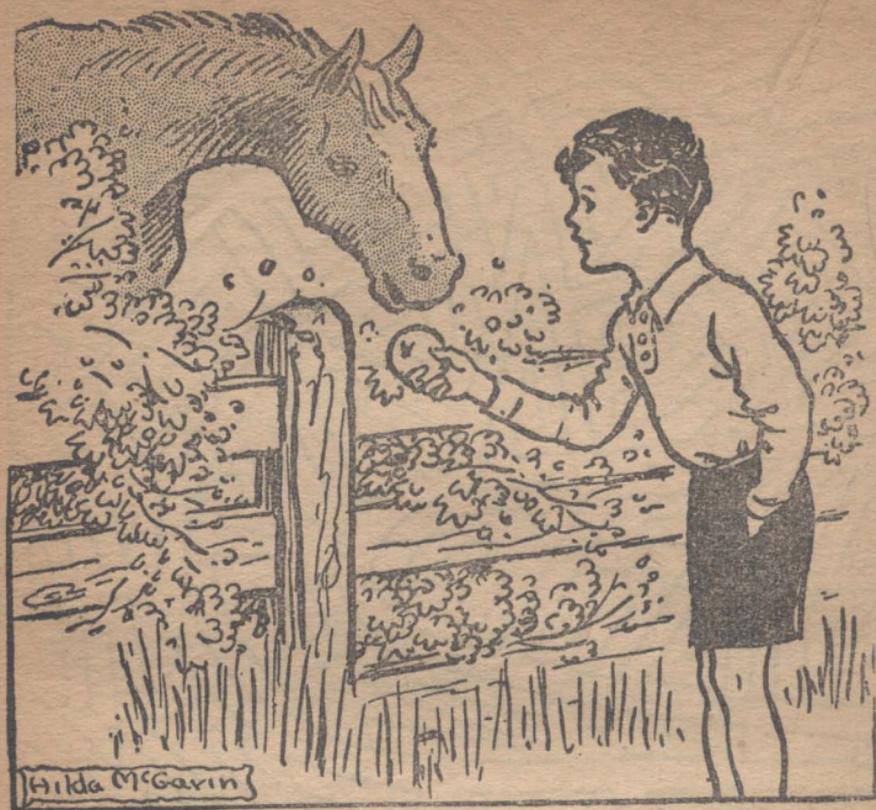
En este laberinto hay oculta una figura. Hay varias entradas al laberinto, pero sólo una de ellas, después de muchos rodeos, nos llevará al punto de partida sin necesidad de cruzar ninguna línea. Las demás entradas son falsas, pues no tienen salida. Cójase un lápiz y empíese en una de las entradas. Se trata de hallar un camino a



MISTERIOSO

través del laberinto que lleve a la parte exterior del mismo, saliendo por la abertura de entrada. Cuando se haya seguido el camino verdadero aparecerá marcada con el lápiz la silueta de una figura.

Liéne se dicha silueta con lápiz o tinta y tendréis la figura que está oculta.



—BUEN "ABALLO"—DIJO

Conrado tomó una, arrancada por el viento, y se la dió.

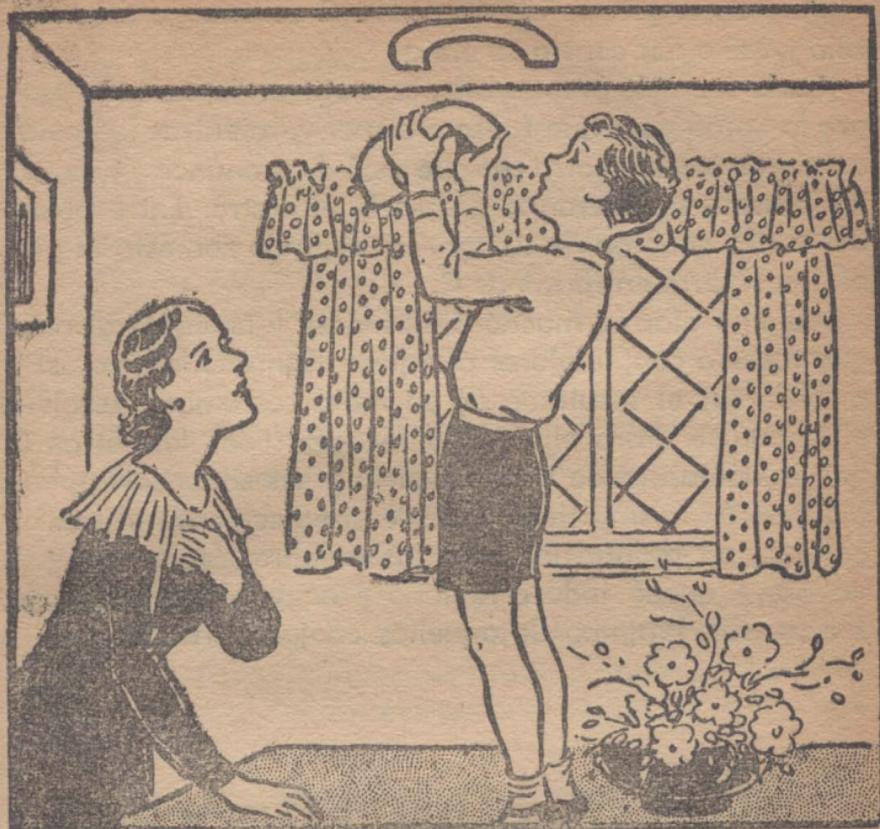
—Buen **aballo**...—empezó a decir.

Pero al instante, del cuerpo del caballo salió una letra **C** enorme, que se estrelló contra el niño, derribándolo. El animal dió un relincho de miedo, y en sus costados, apareció una marca en forma de letra **C**.

—¡Uy!—exclamó Conrado, temeroso.

Pero luego tomó la letra que había quedado en el suelo y la arrojó a la basura.

Pero también ocurrió una cosa rara.



COLOCÓ LAS "CES" EN SUS SITIOS CORRESPONDIENTES

Entre la basura se formó una letra **C** y se arrojó contra la cara de Conrado.

Éste, después de reponerse del golpe, se quedó muy pensativo. ¿Qué era aquello? Cada vez que dejaba de pronunciar la letra **C** salía otra de alguna parte y le golpeaba.

—Voy a **oger** el martillo y destrozaré todas las letras— exclamó rabioso.

Pero en el acto salió una nueva **C** del mango del martillo y fué a dar contra su oreja.

Cada vez más preocupado, se metió en la casa. Su madre lo llamó para que fuese a comer y, mientras lo hacía, surgieron tres o cuatro ces que dejó de pronunciar y, como las anteriores, fueron a golpearle el rostro. Entre otras, dos o tres salieron de su cabello, dejando con esto la piel al descubierto en forma de **C**.

Aquello alarmó mucho a su madre y aconsejó al niño que fuese a contemplarse al espejo. Conrado lo hizo así y al observar el resultado de su mala costumbre, resolvió enmendarse. Para ello fué a recoger todas las letras **C** que le habían caído y las devolvió a sus sitios correspondientes. Al mismo tiempo desde entonces puso el mayor cuidado en pronunciar bien las palabras, de modo que en breve quedó todo arreglado y no volvió a sucederle nunca más ninguno de aquellos enojosos incidentes.

EL CASTIGO DEL FANTOCHE

El fantoche era un tipo desagradable. Siempre gastaba bromas, de modo que nadie le tenía simpatía.

Una vez sujetó los trajes de las muñecas a la cola del conejo, cuando estaban dormidos y no hay que decir cuál fué el disgusto de las víctimas de su broma.

Otra vez encontró al oso dormido y entonces fué en busca de una bolsa de papel, y la hinchó de aire para hacerla estallar junto al pobre oso. Y al mismo tiempo gritó:

—¡Alerta, llega el enemigo!

El pobre oso se despertó, creyendo que, en efecto, llegaba un ejército enemigo. Echó a correr, lleno de miedo y se cayó de cabeza en un cuenco de agua, que el fantoche había dejado dispuesto para tal objeto. En una palabra, era un sujeto malvado y antipático.

En un rincón del cuarto de los juguetes había una casa de muñecas, que pertenecía a Luisa, la niña de la casa. Suponíase que el fantoche era demasiado grande para entrar en la casa de las muñecas, pero lo cierto es que alguna vez penetraba allí de un modo u otro y colándose en las habitaciones, asustaba a las muñequitas.

Un día se le ocurrió una idea muy censurable.

Decidió dar a entender que la casa de las muñecas se había incendiado. Para ello subiría la escalera, llevando un poco de papel de embalaje y una cerilla, y lo encendería para que el humo saliese por las ventanas. Entonces todas las muñecas saldrían asustadas y habría una conmoción general. Tal broma sería excelente y luego todos se reirían mucho de ella.

En efecto, a la noche siguiente se dirigió al armario de los papeles y sacó una hoja muy grande de papel de embalar. Subió luego a la repisa de la chimenea, tomó la caja de fósforos que siempre estaba allí y por último, sonriendo, se encaminó a la casa de las muñecas. La puerta estaba cerrada, pero él la abrió y logró entrar, aunque con dificultad, porque estaba demasiado gordo.

En el recibimiento estaba sentada una muñeca que, al verle, dió un grito de miedo.

—¡Aquí está otra vez el maldito fantoche, que viene a molestarnos!—exclamó.

El fantoche la cogió por el brazo y la inclinó hacia atrás, hasta dejarla en el suelo. Luego, corriendo, subió

la escalera, saltando los escalones de dos en dos. Se asomó a un dormitorio y halló a dos muñecas que conversaban entre sí, pero que al verlo, empezaron a gritar. Sin hacerles caso, se dirigió al comedor. Allí comían dos muñecas y una de ellas le arrojó un tenedor, pero el fantoche se lo devolvió, derribando un jarrito de leche al hacerlo.

De este modo fué recorriendo la casa, pues buscaba una habitación desocupada. Cerró la puerta por dentro y, tomando un fósforo, lo encendió. Aproximó luego la llama a la hoja de papel, que se inflamó en el acto, produciendo grandes nubes de humo.

—¡Fuego, fuego!—gritó una voz desde abajo.

Al oírlo, el oso acudió a la casa de las muñecas y aporreó la puerta.

—¡Muñecas! ¡Salid inmediatamente ahora que podéis! ¡Se ha incendiado la casa! ¡Fuego! ¡Fuego!

Hubo una confusión espantosa. Salieron todas las muñecas, aterradas, y miraron hacia la ventana de la que salía el humo.

—¿Queda alguien en la casa?—gritó una muñeca.

—¡El fantoche!

Valerosamente, una muñeca subió la escalera hacia la estancia en que se hallaba el fantoche. Pero la puerta estaba cerrada, de modo que la animosa muñeca no pudo entrar. En vista de ello, bajó la escalera y gritó a los demás:

—La puerta está cerrada por dentro. ¿Qué haremos?

—Es preciso salvarlo.

—¡Agua! ¡Agua, para apagar el fuego!—gritaron todos.

Un momento después y haciendo la cadena, empeza-



EL FANTOCHE INCLINÓ LA MUÑECA HACIA ATRAS

ron a pasar cubos de una mano a otra y el payaso acercó una escalera de mano a la ventana por la que salía humo. Empezó a arrojar agua al interior y así, el sorprendido fantoche, se vió calado por completo.

Corrió hacia la puerta para salir de la habitación y librarse del agua que el payaso le arrojaba sin cesar, pero el humo era tan espeso, que no consiguió hallar la salida. En aquel momento recibió otro cubo de agua, que le dejó helado.

Y el payaso, al mirar al interior, vió al fantoche tendido en el suelo.

—¡Te salvaré! ¡Te salvaré!—gritó.—Ya está casi apagado el fuego. No veo más que humo.

Con gran valor entró por la ventana, y dirigiéndose al



EL PAYASO SE CARGÓ EL FANTOCHE SOBRE LOS HOMBROS

fantoche, se lo cargó en hombros como hacen los bomberos en tales casos, pero como el fantoche no quería ser salvado de aquel modo, empezó a resistirse.

—¡Quieto!—ordenó el payaso.—Nada temas, porque te salvaré.

Pero tal era la resistencia que oponía el fantoche, que cuando el payaso hubo pasado por el antepecho de la ventana, aquél resbaló y se cayó ruidosamente al suelo.



EL FANTOCHE CAYÓ DESDE LO ALTO

Por lo tanto, además de mojado como estaba, recibió algunas contusiones de consideración.

El payaso seguía junto a la ventana y, desesperado, observó la caída del fantoche. Luego se volvió para ver si el fuego estaba, realmente, apagado y pudo ver la hoja de papel medio quemada y la caja de fósforos.

En el acto comprendió lo que había hecho el fantoche y se explicó también la resistencia que opuso a ser salvado. Pero al recordar que le arrojó varios cubos de agua, el payaso se echó a reír como un loco, en tanto que los demás juguetes lo contemplaban extrañados.

—No hay peligro alguno—dijo al fin.—Acabo de descubrir que no ha habido incendio, sino que todo se debe a que el fantoche quemó un poco de papel, para darnos una broma pesada. Pero ha recibido su castigo, porque,

aparte de que está mojado de pies a cabeza, en su caída ha recibido buenos coscorriones. ¡Ja, ja, ja!

Los demás juguetes, después de oírle, le acompañaron en sus carcajadas. Era divertido pensar en el chasco que se había llevado el fantoche.

—¡Eso le enseñará a no hacernos bromas pesadas!— exclamó el conejo rosado.

Las muñecas volvieron a entrar en su casa y en cuanto el payaso hubo encontrado la llave y abierto la puerta, se apresuraron a limpiar la habitación.

—¿Y dónde está el fantoche?—preguntó el payaso, después de retirar la escalera.

Nadie lo sabía. Sin duda se había ocultado, avergonzado. Pero pronto oyeron unos fuertes estornudos.

Era el fantoche que tenía un resfraldo tremendo.

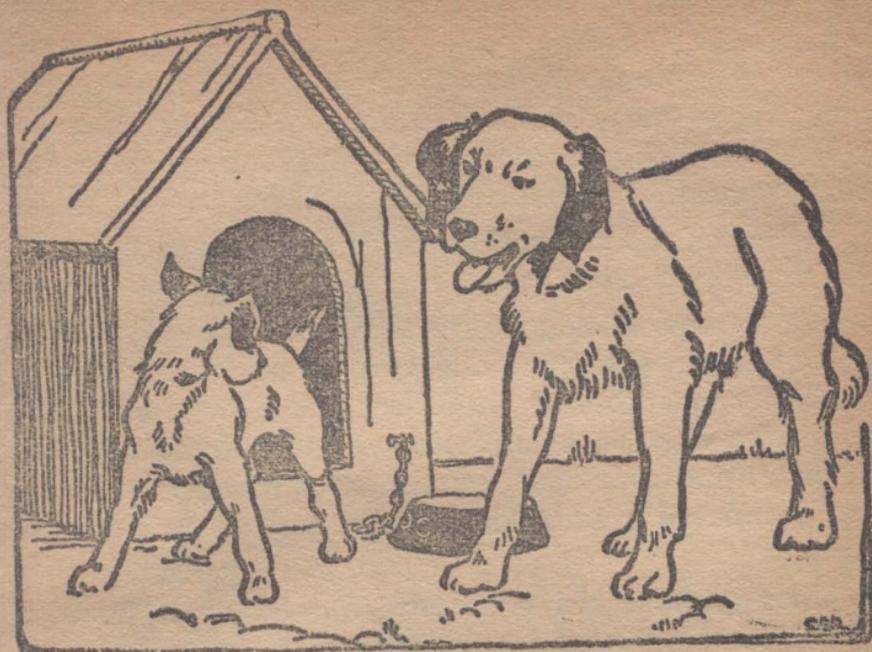
EL PERRO QUE NO PODÍA MENEAR

EL RABO

Una vez había un perro muy perezoso, llamado Pituso. Se pasaba el día entero al sol y, de vez en cuando, bostezaba. Nunca iba a pasear, jamás saludaba a otro perro y ni siquiera se molestaba en ladrar cuando veía a algún vagabundo.

Un día observó, muy extrañado, que había perdido la facultad de menear el rabo. Y, por más que hizo, no consiguió moverlo como antes. Pituso se alarmó y se disgustó sobremanera, comprendiendo que aquello sería el hazmerreír de todo el mundo.

—Será preciso que, de un modo u otro, vuelvas a menear el rabo—le dijo su amigo Leal. — Es una cosa



—ES MUY RARO UN RABO QUE NO SE PUEDE MENEAR—DIJO LEAL

muy rara ver un rabo que no se mueve. ¿Cómo sabrán los demás perros si estás o no de buen humor, puesto que no meneas tu rabo? Y ante la duda, todos se arrojarán contra ti, de manera que la cosa no te resultará agradable.

Pituso no sabía qué hacer. Por fin se resolvió a visitar a la tía Cantos, que era algo bruja, con la esperanza de que remediasse su defecto. Así, pues, fué allí y le contó su apuro.

—Bueno. Te daré un encantamiento que remediará la cosa—le contestó la tía Cantos. — Pero, a cambio de eso, es preciso que me traigas un conejo para comer.

Pituso salió corriendo. Le pareció muy difícil coger un conejo, porque, a causa de su prolongada pereza, ya no se acordaba del modo de lograrlo. Sin embargo, pudo coger uno y se lo llevó a la tía Cantos. Ella, en cambio, le dió el encantamiento envuelto en un pedacito de papel.

—Ten mucho cuidado de no perderlo—le recomendó.

—Es un polvo amarillo.

Pituso tomó el paquetito en la boca y se volvió a su casa. Pero en el camino dió tan gran bostezo, que se le cayó el paquetito y se abrió. Una racha de aire dispersó al aire el polvo amarillo, proyectándolo hacia los árboles. A partir de aquel momento las hojas y las ramitas se mueven a causa de la brisa, casi de un modo incesante.

Unos granitos del encantamiento fueron a parar a los bigotes de Pituso, que, en el acto, empezaron a agitarse como si estuvieran locos. El pobre perro observó que sus bigotes se volvían de un lado a otro, sin que él pudiese impedirlo. Todo el mundo se reía de él al ver aquel extraño caso.

Pituso, avergonzado, se escondió, pero, al fin, no pudo resistir más y volvió a casa de la bruja. Ella le quitó aquel extraño movimiento de sus bigotes, pero se rió del can hasta saltársele las lágrimas.

—Bueno, te daré otro encantamiento igual, pero antes has de traerme un cesto de setas—le dijo.

Pituso tomó un cesto y salió en busca de setas. Resultó un trabajo muy pesado, de modo que se fatigó lo indecible. Anduvo de un lado a otro, por el bosque, y al fin, después de toda una mañana de duro trabajo, consiguió llenar el cesto. Lléveselo a la tía Cantos y



PITUSO LLEVÓ EL CESTO DE SETAS A LA TÍA CANTOS

ella, en cambio, le dió otra pequeña porción de polvos amarillos, envueltos en un papel.

—Ten mucho cuidado esta vez—le recomendó.

Emprendió el camino hacia su casa, pero estaba tan cansado, a causa de su trabajo, que dió un gran bostezo, mayor que la otra vez. Se le cayó también el paquete de la boca y el viento se encargó de dispersar el polvo. La mayor parte fué a parar a un pajarito blanco y negro, que estaba a corta distancia y desde aquel momento empezó a menear la cola como si estuviese loco. Desde entonces no ha hecho otra cosa y seguramente habréis tenido ocasión de observarlo, porque los aguzanieves son bastante comunes.

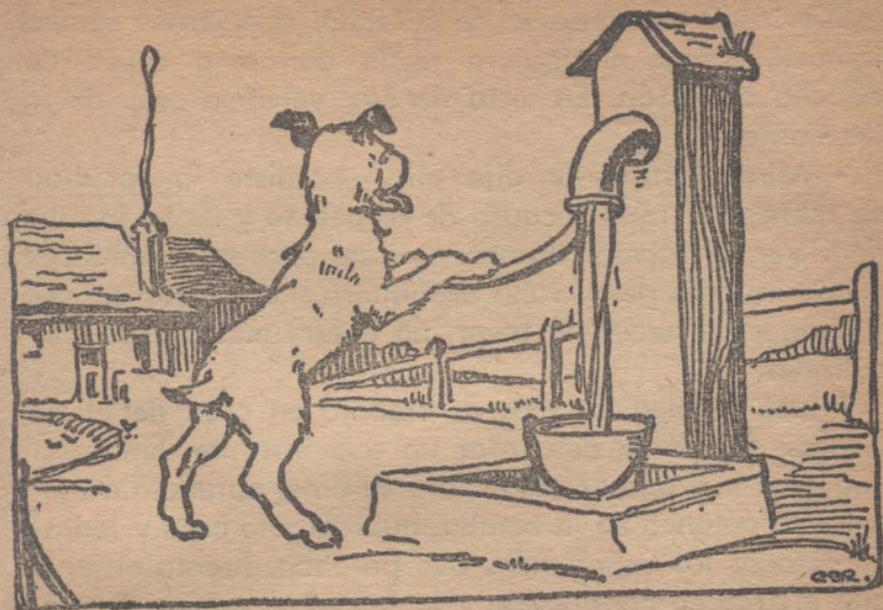
Una parte del polvo fué a parar a las orejas de Pituso, que también empezaron a moverse caprichosamente. Y lo peor era que se movían independientemente una de otra, cosa que hacía reír a todo el mundo.

—¡Qué desgraciado soy!—pensó Pituso mientras corría a ocultarse.—Primero el bigote y luego las orejas. Quizá este encantamiento acabará por desaparecer.

Mas como no fuese así, vióse obligado a acudir por tercera vez a casa de la tía Cantos, quien, después de reírse lo indecible, le quitó aquel extraño movimiento de sus orejas.

—Supongo que querrás otra porción de polvos para recobrar el movimiento del rabo—le dijo.—Bueno, esta vez te daré doble cantidad, con el objeto de que, aun en el caso de que pierdas una parte, te quede todavía lo bastante para aplicarla al rabo. Pero antes desentiérrame unas patatas para mi comida.

Pituso no tuvo más remedio que obedecer. Empleó en la tarea toda la mañana y quedó derrengado. Luego la tía Cantos le dió otra porción de polvo amarillo en-



PITUSO APRENDIÓ A MANEJAR LA PALANCA DE LA BOMBA

vuelta en un papel y le recomendó que no bostezara hasta llegar a su casa.

Así lo hizo Pituso aquella vez, de modo que llegó a su perrera sin el menor tropiezo. Rogó a su amigo Leal que fuese a frotarle el rabo con aquellos polvos. Pero no se acordó de que la bruja le había dado doble cantidad de la que necesitaba. Empezó, pues, a menear el rabo con la mayor prisa, a causa de habérsele aplicado excesiva cantidad de polvos. Pituso volvió la cabeza y contempló, desesperado, aquel movimiento frenético.

—Eso casi es tan desagradable como si no pudiese menearlo—dijo Leal.—¡Dios mío! ¿Acaso no podrá parar?

No tardó en cansarse de su rabo, que jamás estaba inmóvil, porque ni siquiera podía dormir a causa de aquella agitación. En vista de eso, volvió a casa de la tía Cantos.

—Mira, Pituso—le dijo ella,—perdiste la facultad de menear el rabo a causa de tu pereza y de tu inutilidad. Ven a trabajar durante un mes para mí y entonces el movimiento de tu rabo disminuirá. Los perros activos y amigos de hacer un favor, no tienen nunca esas dificultades.

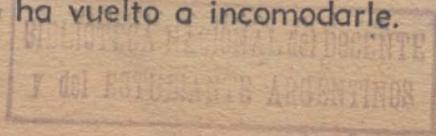
Pituso empleó un mes de trabajo en casa de la tía Cantos. No podía descansar un solo instante. Sin cesar había de ir a buscar cosas para su ama, aprendió a manejar la palanca de la bomba, guardaba la casa y ladraba a todos los vagabundos que pasaban. Pronto observó que el trabajo continuado y la felicidad van de pareja. Y un día, muy alegre, observó que su rabo se conducía de un modo normal.

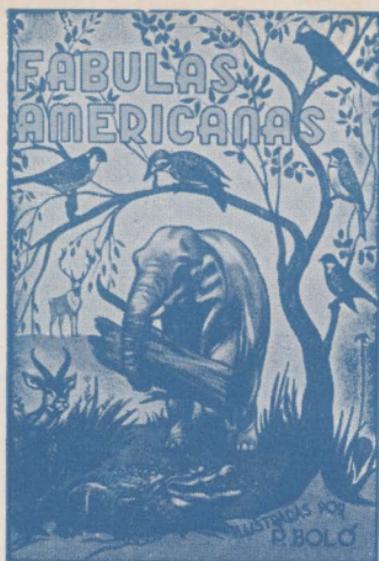
—Ahora ya menea el rabo cuando quiero y si no me da la gana permanece quieto—dijo, muy satisfecho, a la bruja.—Estoy curado por completo.

—Me alegro mucho—replicó ella, acariciándolo.—Y como, además, ha terminado el mes de prueba, puedes marcharte cuando quieras. Pero no olvides nunca que para conservar la facultad de menear el rabo, es preciso trabajar de firme.

—No quisiera irme—le contestó Pituso. — Me siento feliz trabajando para usted y, si me lo permite, en adelante seré su perro.

Así, pues, se quedó a vivir con la tía Cantos y, al parecer, su rabo no ha vuelto a incomodarle.





LIBROS DE FABULAS

Las más completas colecciones de fábulas de los consagrados maestros del género. Excelentes artistas han ilustrado estos libros que llevan un dibujo por cada fábula.

Publicados:

- 1—FABULAS DE SAMANIEGO.
- 2—FABULAS DE IRIARTE.
- 3—FABULAS DE ESOP.
- 4—FABULAS DE LA FONTAINE.
- 5—FABULAS DE PRINCIPE.
- 6—FABULAS ESPAÑOLAS.
- 7—FABULAS AMERICANAS.

PRECIO DE CADA VOLUMEN: \$ 2.50



Pídalos en kioscos y librerías y si no los encuentra, solicítelos enviando su importe en giro postal o estampillas a:

MIGUELETES 1023

BUENOS AIRES